

La dignidad de la persona humana como fundamento de la integración de los saberes, a la luz de Santo Tomás de Aquino

1. El gran desafío: integrar los saberes universitarios

Del 15 al 17 de mayo del año 2003, nos reunimos en esta misma Universidad, para celebrar la quinta Conferencia Bienal de ICUSTA. Hoy echamos de menos a varios amigos presentes en aquel momento y que ya han partido a la casa del Padre; como los queridos frailes dominicos Aníbal Fosbery (fundador de FASTA y miembro del consejo de honor de ICUSTA) y Abelardo Lobato (ambos cofundadores de esta red); como el entonces Rector de la Universidad que nos acoge hoy otra vez, Juan Carlos Catalano; el fundador de ICUSTA, Gerardo Rocha Vera; el recordado Cardenal Alexandre Dos Santos, de Mozambique; el entonces Presidente del CEU de España, Alfonso Coronel de Palma; o el Presidente de la St. Thomas University, en New Brunswick, Canadá, Daniel O'Brien. Dios los tenga a todos en su gloria, intercediendo por nosotros, por nuestra organización y por los frutos de nuestros proyectos.

En esa ocasión, tan lejana y tan cercana a la vez, ofrecí mis pobres reflexiones sobre "Algunos desafíos contemporáneos para la vida universitaria inspirada en santo Tomás". Entonces, en este mismo lugar, hace ya casi veinte años, dije estas palabras (les pido disculpas por la inexcusable vulgaridad de citarme a mí mismo):

"Los clamores actuales por la interdisciplinariedad, por las visiones holísticas e integradas, desafían a la tradición universitaria tomista en ofrecer una visión articulada del saber y del saber hacer. Una articulación no meramente pragmática, subjetiva o caleidoscópica; sino sapiencial, fundada en la verdad y en el orden arquitectónico: en la subordinación de los medios a los fines, y de los fines particulares al fin universal de todas las cosas. (...) ¿Cómo podemos integrar cada disciplina, cada ciencia y arte (sin que pierdan por ello sus objetos y sus métodos propios) con las verdades últimas del ser y de Dios?"

Y concluí mi alocución con esta impertinente interrogante:

"¿No será acaso la misión y vocación última de (...) ICUSTA, el emprender y llevar adelante (...) la magna tarea de recuperar las ciencias, las artes y las profesiones, desde el realismo tomista, integrando todos los avances y aportes de la Modernidad, en pro de la Verdad, último fin y bien de todos los hombres y de todo el universo?"

Hasta aquí mi vergonzosa auto cita. En aquella ocasión, luego de mi osada perorata, alguien comentó, con mucho sentido común, que el desafío que yo planteaba a ICUSTA superaba con creces nuestras posibilidades. Y, sin embargo, señoras y señores, ahora, dos décadas después, podemos constatar con sorpresa y alegría importantes avances en la dirección planteada. Al final de mi exposición mencionaré varias iniciativas ya realizadas en ICUSTA. Y, enseguida, en el primer panel de esta Bienal, se nos mostrarán con detalle experiencias concretas de "Integración de los saberes en la universidad, a la luz de Santo Tomás de Aquino". Imperdible.

Continuemos ahora aquella conversación del 2003. "Como decíamos ayer..." (total, ¡que veinte años no es nada!).

¿Cómo integrar los saberes? Saberes, hoy por hoy, tan fragmentados y desperdigados. Hoy, cuando cada vez sabemos más acerca de menos. Hoy, cuando los criterios de acreditación y los rankings universitarios empujan a los académicos a publicar (o perecer) en temas cada vez más rebuscados y acotados. Como un artículo, que acabo de ver, sobre el uso del término mudéjar y del término mudejérico en Canarias entre los siglos XIII y XV. Interesante, en todo caso. Bueno, de hecho, según la estadística norteamericana, cada *paper*

académico es leído en promedio por 0,2 lectores. Ni siquiera un lector. Cero coma dos (o cero “punto” dos, según el sistema numérico). Yo fui el 0,2 de lector de ese artículo sobre el término mudéjar. Porque, de hecho, no lo leí completo.

El hombre-masa de Ortega y Gasset es el especialista-bárbaro, el sabio-ignorante, el “idiota especializado” como se le llama en Alemania. Y la hiper especialización afecta cada vez más a la formación profesional y técnica. Un ejemplo real: una colega de mi Instituto tiene desde hace algunos días un dolor en el brazo. Le duele desde el codo hasta el hombro. Ella quiso tomar hora con un médico para su dolencia, pero encontró solo a especialistas en codos y a especialistas en hombros. Fue al del codo, pero este no aceptó responsabilizarse por su dolor en el resto del brazo. Algo similar le habría dicho el experto en hombros. ¿Estamos acaso formando idiotas especializados en nuestras universidades?

Cada vez sabemos más acerca de menos. ¡Y cada vez hay más información acerca de más! O sea, el problema se agranda. En palabras de Zygmunt Baumann: *“desde el frente educacional, el de la distribución del conocimiento (...) la información misma ha llegado a ser el principal sitio de lo ‘desconocido’. Hoy lo que parece ‘demasiado vasto, misterioso y salvaje’ es la información misma (...): todo está aquí, accesible ahora y al alcance de la mano y, sin embargo, (...) más allá de toda esperanza de ser comprendido cabalmente alguna vez”*¹.

En estas circunstancias, de exigencia creciente por especialización, por una parte, y de aumento imparable en la cantidad de información disponible, por otra: ¿cómo pretendemos integrar los saberes? Saberes “más allá de toda esperanza de ser comprendidos cabalmente alguna vez”. ¿Además queremos integrarlos? ¿Quién puede hacerlo, dónde, cómo?

Porque, al mismo tiempo, se nos demanda por interdisciplinariedad. Está de moda. Por ejemplo, Edgar Morin, uno de los principales referentes laicos en temas de educación, pregona un llamado a superar la desconexión de las disciplinas modernas, a través de lo que él denomina un “pensamiento complejo”. Morin sostiene que: *“La educación del futuro se ve confrontada a este problema universal, ya que existe una inadecuación cada vez más amplia, profunda y grave entre, por un lado, nuestros saberes desarticulados, parcelados y compartimentados y, por el otro, las realidades o problemas cada vez más polidisciplinarios, transversales, multidimensionales, transnacionales, globales, planetarios...”*² *“Para recomponer el tejido común hay que restablecer los nexos entre las disciplinas, recurriendo a todas las dimensiones del conocimiento: la literatura, las artes, la poesía, la química, la física, la biología, etc.”*³

Las realidades, la vida social y los problemas necesitan cada vez más enfoques polidisciplinarios. Eso lo dice un pensador ateo como Morin. Cuánto más para nuestras universidades católicas, que declaramos integrar las disciplinas que enseñamos, además, con la fe cristiana.

En efecto, todo lo dicho hasta aquí es resumido en la carta magna oficial y vigente para toda institución de educación superior católica -me refiero a la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* de san Juan Pablo II- con las siguientes palabras:

“La integración del saber es un proceso que siempre se puede perfeccionar. Además, el incremento del saber en nuestro tiempo, al que se añade la creciente especialización del conocimiento en el seno de cada disciplina académica, hace tal tarea cada vez más difícil. Pero una Universidad, y especialmente una Universidad

¹ Zygmunt Bauman, Los retos de la educación en la modernidad líquida. Barcelona, Gedisa, 2007, pág. 42-44.

² Edgar Morin. Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Paidós Studio. Barcelona, 2001, pág. 44.

³ E. Morin. Los desafíos de la reforma del pensamiento en educación. Conferencia en la Pontificia Universidad Católica de Chile, 17 de junio de 2008.

Católica, «debe ser ‘unidad viva’ de organismos, dedicados a la investigación de la verdad... Es preciso, por lo tanto, promover tal superior síntesis del saber, en la que solamente se saciará aquella sed de verdad que está inscrita en lo más profundo del corazón humano» (...) Promoviendo dicha integración, la Universidad Católica debe comprometerse, más específicamente, en el diálogo entre fe y razón, de modo que se pueda ver más profundamente cómo fe y razón se encuentran en la única verdad”.⁴

Por lo tanto, para nuestras universidades la integración de los saberes en pos de la verdad, en una síntesis superior de fe y razón, no se nos sugiere como una opción más, sino que se nos impone como una obligación prioritaria.

2. La integración sapiencial según santo Tomás de Aquino

Por cierto, las instituciones que “adherimos con convicción a los ideales y las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino”⁵ tenemos en esa materia una gran ventaja. Porque, como se reconoce en la encíclica *Fides et ratio*, un puesto singular en este camino corresponde al Doctor Angélico, quien “tuvo el gran mérito de destacar la armonía que existe entre la razón y la fe”, pues él “argumentaba que la luz de la razón y la luz de la fe proceden ambas de Dios; por tanto, no pueden contradecirse entre sí”.⁶ Por esto, en palabras del recordado P. Abelardo Lobato: “a santo Tomás de Aquino se le puede designar como ‘arquitecto’ de la Universidad católica”.

Arquitecto es quien diseña con armonía el conjunto de un bello edificio. De un modo análogo, los principios y la vida de santo Tomás nos ofrecen las bases adecuadas para ensamblar con orden y esplendor los distintos saberes del edificio universitario. Saberes y universidades que ya no son, por cierto, los del siglo XIII, que tan bien conoció y lideró el Aquinate.

A nuestro patrono le gustaba usar el concepto de “arquitectura”, justamente para ilustrar la integración de los saberes. Y citaba con frecuencia las palabras de san Pablo en su primera carta a los Corintios: “como sabio arquitecto puse los cimientos”, “ut sapiens architectus fundamentum posui”⁷. Leeré ahora, como ejemplo, algunas palabras de santo Tomás sobre ese versículo, dentro de su extenso comentario a dicha carta paulina:

*“Se dice que el arquitecto es el artífice principal, sobre todo de un edificio, a quien corresponde comprender la disposición general de toda la obra, que se realiza por la operación manual de los artesanos. Y por eso se le llama sabio en cuanto a la edificación (...). Es claro, sin embargo, que toda la estructura de un edificio depende de sus cimientos y, por lo tanto, corresponde a un arquitecto sabio colocar los cimientos adecuados”.*⁸

¿Y a quién corresponde colocar los cimientos adecuados para la integración de todos los saberes en una Universidad? ¿Qué saber arquitectónico permite fundamentar la disposición general de toda la obra educativa? En el año 1923, al celebrarse los 600 años de la canonización de santo Tomás, el papa Pío XI -con la encíclica *Studiorum ducem*- confirmó y ordenó que Tomás de Aquino debía ser considerado “el guía principal en los estudios de las disciplinas superiores”, además aprobó que se le llamase Doctor Universal y decretó que el día de santo Tomás fuese feriado académico en todas las instituciones educativas católicas. El próximo año, por lo tanto, el séptimo centenario de su canonización coincidirá con los 30 años de ICUSTA

⁴ Juan Pablo II, *Ex corde Ecclesiae*, nn. 16 y 17.

⁵ Misión ICUSTA.

⁶ Juan Pablo II, *Fides et ratio*, n. 43.

⁷ 1 Cor. 3, 10.

⁸ Super I Cor., cap. 3, l. 2.

(¡se vienen grandes celebraciones!). Pues bien, nuestro Guía universal de los estudios es inequívoco al identificar el saber arquitectónico capaz de diseñar todo el edificio universitario, el saber supremo, es decir, la sabiduría.

¿Y qué entiende él por “sabiduría”? Con este término se refiere al conocimiento de los principios últimos de todo (*causa altissima simpliciter*), los pilares firmes para todo el edificio. Los principios no de un área específica, como es propio de cada ciencia, sino de toda la realidad. Y, por lo tanto, concluye, a la sabiduría “*le corresponde juzgar y ordenarlo todo*”⁹. Juzgar y ordenarlo todo. Juzgar, es decir, precisar los alcances de cada ciencia. Ordenar, esto es, situar cada saber en relación con los demás.

Sin embargo, el concepto de sabiduría es análogo. Hay distintos tipos o niveles sapienciales. Distingamos, con santo Tomás, al menos cuatro tipos de sabidurías auténticas (también hay falsas sabidurías, por cierto, basadas en principios errados). Primero, hay una sabiduría de la vida, un saber práctico, que coincide con la virtud cardinal de la prudencia; o sea, un saber orientar bien todas las decisiones cotidianas. Ella nos permite juzgar y ordenar las propias acciones. Segundo, existe la sabiduría filosófica, un saber teórico que alcanza las causas más altas hasta donde llegan las solas fuerzas de la razón humana. Tercero, la sabiduría teológica, o “doctrina sagrada” que se refiere “*a Dios como causa suprema, también por lo que sólo Él puede saber de sí mismo y que comunica a los demás por revelación*”¹⁰. Es decir, un conocimiento sistemático acerca de Dios, y de todas las cosas en Dios, alcanzado gracias a la fe. Por último, llegamos a un cuarto tipo de sabiduría, todavía superior, el don de sabiduría. Este hábito, infundido por el Espíritu Santo en el alma, permite conocer las causas supremas por cierta connaturalidad con ellas, “*de modo que, por así decirlo, desde lo más íntimo de sí mismo juzga y ordena no sólo las cosas cognoscibles, sino también las acciones y pasiones humanas*”.¹¹

Sabiduría prudencial, sabiduría filosófica, sabiduría teológica y don de sabiduría. Cuatro hábitos intelectuales complementarios para la formación integral de un universitario católico. Dos de ellas son más personales -la prudencia y el don del Espíritu Santo- y son adquiridas sobre todo en la vida familiar y eclesial. Las otras dos -la filosofía y la teología- pueden ser cultivadas de modo sistemático y disciplinar, por lo que su ambiente natural es la universidad. Santo Tomás las aprendió, enseñó y perfeccionó de manera notable. Y lo hizo en diálogo con todos los saberes y culturas de su tiempo.

El papa emérito Benedicto XVI resumía de esta manera la visión integradora y universal de su pensamiento:

*“En conclusión, santo Tomás nos propone una visión de la razón humana amplia y confiada: amplia porque no se limita a los espacios de la llamada razón empírico-científica, sino que está abierta a todo el ser y por tanto también a las cuestiones fundamentales e irrenunciables del vivir humano; y confiada porque la razón humana, sobre todo si acoge las inspiraciones de la fe cristiana, promueve una civilización que reconoce la dignidad de la persona, la intangibilidad de sus derechos y la obligatoriedad de sus deberes.”*¹²

Santo Tomás de Aquino: modelo de razón amplia y confiada. Razón abierta a todo el ser, desde las diversas perspectivas epistémicas: tanto científicas como sapienciales. Visión que es capaz no solo de hacer avanzar el conocimiento teórico acerca de la realidad, sino también de inspirar a las disciplinas teórico-prácticas que pueden actuar sobre el mundo para hacerlo mejor, más respetuoso de la dignidad de la persona.

⁹ Summa Theologiae II-II, q. 45, a. 1.

¹⁰ Ibid. I, q. 1, a. 6.

¹¹ Super Sent. III, d. 34, q. 1, a. 2.

¹² Benedicto XVI, Audiencia General. Plaza de San Pedro, Miércoles 16 de junio de 2010.

Continuaba, así, el papa Ratzinger, la conclusión de su catequesis sobre el Aquinate:

“No sorprende que la doctrina sobre la dignidad de la persona, fundamental para el reconocimiento de la inviolabilidad de los derechos del hombre, haya madurado en ambientes de pensamiento que recogieron la herencia de santo Tomás de Aquino, el cual tenía un concepto altísimo de la criatura humana. La definió, con su lenguaje rigurosamente filosófico, como «lo más perfecto que hay en toda la naturaleza, es decir, un sujeto subsistente en una naturaleza racional» (Summa Theologiae, I^a, q. 29, a. 3).”¹³

Llegamos, así, a la persona como cumbre del edificio disciplinar cimentado gracias a la sabiduría. La persona humana: la realidad más perfecta del universo. Un microcosmos que constituye *“como un cierto horizonte y confín entre los seres corpóreos e incorpóreos”*¹⁴. y que, además, es en cierto sentido todas las cosas, *quodammodo omnia*.¹⁵ La imagen más perfecta de Dios.¹⁶ Y por ello, la persona, todo individuo de naturaleza racional, reviste la máxima dignidad, el mayor valor.¹⁷ Esta es una apretada síntesis de la fundamentación que nos ofrece santo Tomás sobre la dignidad esencial de toda persona. De cada persona concreta y singular. Para quienes pudiesen considerar al Aquinate como un intelectual racionalista y abstracto, vean cómo precisa él lo que entiende por “persona”: *“persona... en la naturaleza humana indica esta carne, estos huesos y esta alma, que son los principios que individualizan al hombre”*¹⁸. Yo, mis carnes (mayores o menores), mis huesos y mi alma. Yo soy lo más perfecto y digno en toda la naturaleza (aunque quizás no lo parezca). Y tú. Y cada uno de nosotros, en sí mismo. No el género humano, la Humanidad abstracta. Justo al revés que la famosa frase de Linus, el amigo de Charlie Brown: *“Yo amo a la humanidad. Es la gente lo que no soporto”*.

No podemos exponer aquí las consecuencias y características del ser personal, a partir de los principios tomistas, ahondados por la riquísima tradición personalista. Como, tampoco, el importante uso de ellos en la reflexión teológica sobre las personas divinas y angélicas. Solo permítanme iluminar la hondura de la concepción cristiana de la persona, con unas sabias palabras de nuestro querido padre Fosbery:

“En la plenitud de los tiempos, la existencia humana ha sido atravesada por un movimiento que va de la persona, sobreelevada por la gracia, a la naturaleza. De la naturaleza, perfeccionada por la gracia, a la persona. (...) su constitutivo ontológico, en el sentido más concreto y existencial, proviene del Dios-personal-trinitario que ha querido, desde antes de la creación, que el hombre sea a ‘su imagen y semejanza’. Y aquí, precisamente, se funda la dimensión dinámica y operativa de la persona, caracterizada por la autotrascendencia, fruto de su incesante camino hacia su plenitud y perfección final. (...) También de aquí se derivan los derechos universales que abarcan la totalidad de la persona, desde la concepción hasta su tránsito definitivo a la casa del Padre.”¹⁹

3. Algunos modelos de integración disciplinar

Pasemos ahora a ver cómo pueden articularse los saberes universitarios en torno a la persona y su dignidad. Mencionaré a grandes rasgos algunos modelos que ya han sido propuestos e implementados. Los agruparé en torno a tres grandes énfasis: 1° el ser personal como objeto más alto de estudio; 2° el bien de las personas como finalidad de todas las disciplinas universitarias; y 3° las personas como sujetos de la vida universitaria.

¹³ Ibid.

¹⁴ Contra Gentiles II, cap. 68, n. 6.

¹⁵ Summa Theologiae I, q. 16, a. 3.

¹⁶ Ibid. I, q. 93, a. 9.

¹⁷ Summa Theologiae I, q. 29, a.3, ad 2.

¹⁸ Ibid. I, q. 29, a. 4.

¹⁹ Aníbal Fosbery, La cultura católica, pág. 317-318.

El primer énfasis tiene un sesgo más ontológico, el segundo apunta más en dirección ética y el tercero destaca más la dimensión existencial. La dignidad de la persona humana, entonces, como referente - respectivamente- ontológico, ético y existencial, para la integración de los saberes.

Advierto desde ya que todas las propuestas que mencionaré me parecen valiosas y bien orientadas. Si observo algunas de sus limitaciones, no será para descalificarlas, sino más bien para hacer notar como podrían complementarse entre sí los diversos enfoques.

1° El ser personal como objeto más alto de estudio.

Objeto de estudio. Esta modalidad de integración tiene, por supuesto, una acentuación teórica. Busca conocer, comprender, contemplar la realidad. En todo caso, sabemos que “el entendimiento especulativo se hace práctico por extensión a la operación”²⁰ (o sea, no hay nada más práctico que una buena teoría).

Y, también, como decíamos, este primer enfoque posee un énfasis ontológico: busca conocer el ser de las cosas, qué son, cómo son. Tal como corresponde al realismo tomista. Pero el deseo natural de conocer nos impulsa a escudriñar todo. Y, dentro del conjunto de la realidad, encontramos a la persona como la realidad más perfecta, aquella que “tiene más ser”. Y, dado que, como buenos trascendentales, *ens et bonum convertuntur* (el ser y el bien son intercambiables), por lo tanto, la persona es la realidad que tiene un mayor nivel tanto de ser como de bien, es lo más digno que se puede encontrar al investigar el universo.

Ahora bien, ¿cómo pueden ordenarse entre sí los distintos saberes que permiten conocer -siempre de un modo parcial- la inagotable riqueza de la realidad? ¿Cómo articular los distintos grados de abstracción y de profundidad, por ejemplo, entre las ciencias empíricas y matemáticas, las ciencias humanas y estéticas, la filosofía y la teología?

Entre las ordenaciones propuestas para las disciplinas teóricas, veo tres tipos de articulación: un orden secuencial, un orden paralelo y un orden simultáneo.

El orden secuencial del conocimiento propone enseñar una disciplina después de otra. Siguiendo un camino ya sea ascendente, ya sea descendente: de lo más particular a lo más general, o viceversa. Las artes liberales, por ejemplo, en las universidades medievales se enseñaban primero (filosofía incluida), porque ellas se entendían como instrumentales para el saber más alto de la teología, o para los saberes aplicados, del derecho y la medicina. En los tiempos modernos, cuando todavía se enseñan las artes liberales, ya sea en un *college*, minor o bachillerato, se las entiende como una base de cultura general, antes de pasar a las áreas más específicas de conocimiento en cada disciplina. En el primer caso, el medieval, la comprensión cabal de la persona y del cuidado de su dignidad iban al final, mientras que ahora van al principio. El concepto de educación liberal como base general y no utilitaria de conocimiento, que permite luego cualquier especialización sucesiva, se origina en el humanismo griego y es recuperado en nuestros días, entre otros, por san John Henry Newman en su “Idea de una universidad”, quien incluye ahí -junto a los estudios clásicos- a la teología, como el saber general más importante porque da los fundamentos últimos para todos los demás.

Del orden secuencial pasemos ahora al paralelo, siempre dentro del primer enfoque, el ontológico. Aquí no se busca que un alumno posea un conocimiento general en varias disciplinas liberales, sino que su propósito es más modesto: se limita a ofrecerle una mirada superior solo para su disciplina específica, normalmente su disciplina profesional. Dar un sustento filosófico (y quizás teológico) al conocimiento especializado que se

²⁰ Super Sent. III, d. 23, q. 2, a. 3, qc. 2.

imparte en cada facultad o carrera por separado, en paralelo. Filosofía del Derecho, Filosofía de la Educación, Filosofía de la Ciencia, Filosofía Política, Doctrina Social de la Iglesia, Antropología Médica, etc.

En esta línea podemos ubicar varias de las iniciativas más originales de ICUSTA. Por ejemplo, los “Foros disciplinarios”. Estos foros -cuyo nombre tomamos prestado de la Universidad FASTA- tienen como fin compartir entre diversas instituciones de ICUSTA los esfuerzos por fundamentar sobre una visión sapiencial cada ciencia o arte particular. Así, se comenzó a formar un “foro disciplinario en Salud” y más recientemente un “foro disciplinario en Psicología”, el que ha organizado unos seminarios de profundización antropológica para académicos de Psicología. Por cierto, estos seminarios buscan complementar sapiencialmente el restringido conocimiento sobre la persona humana y su dignidad, que se recibe normalmente en los estudios psicológicos. Asimismo, en el campo de las ciencias naturales, la “Iniciativa Aquino para Religión, Educación y Ciencia”, AIRES, organizó seminarios sobre Fe y Ciencia y editó el libro “Investigación científica y Fe católica”. Salud, Psicología, Ciencia, Derecho, Economía, etc. Cada disciplina por separado y en paralelo, en busca de las causas últimas, de los cimientos arquitectónicos.

Por ello, tanto el orden secuencial como el paralelo conectan a los saberes particulares solo en cuanto los remiten a los principios comunes de la sabiduría, pero no los conectan entre sí de manera directa. La articulación simultánea, en cambio, vincula las distintas perspectivas formales en torno a un mismo objeto material de estudio. Una misma realidad estudiada por todos a la vez. Un mismo tema en común: la estrella, el conejo, el mar, el siglo XVIII o la Mona Lisa. Cada uno de ellos estudiado desde distintos ángulos: histórico, estético, empírico, matemático, filosófico, teológico. Como pedía MacIntyre: para evitar que la universidad sea una “multiversidad” hay que centrarse -dice él- *“en un solo universo, cuyos diversos aspectos son objeto de investigación por parte de varias disciplinas, pero de tal modo que cada aspecto necesita ser relacionado con todos los demás”*. En especial, él proponía estudiar de este modo a la persona humana, desde todas las disciplinas a la vez.²¹ Esta es la variante más ontológica de este enfoque ontológico: centrada en la unidad el ser, no en la diversidad del conocimiento.

Este orden simultáneo de los saberes en temas comunes también ha sido ensayado en ICUSTA. Por ejemplo, con el “Curso Online Multidisciplinar sobre Globalización”. Allí el fenómeno de la globalización fue abordado de manera global: por varias disciplinas y desde varios países. Además, se está configurando un nuevo Foro ICUSTA sobre Familia, que será un foro temático interdisciplinar.

Aquí, asoman dos peligros postmodernos: el relativismo y la yuxtaposición. O, si se quiere: la yuxtaposición relativista. El primer peligro: todas las perspectivas disciplinares valen lo mismo, total todas aportan algo. El segundo: los distintos saberes no interactúan realmente entre sí, sino que se amontonan, se limitan a una sumatoria multidisciplinar. Quienes adscribimos a la visión tomista, tenemos claro que la sabiduría filosófica y sobre todo teológica poseen, también en este caso, un lugar superior a las demás, un estatuto “metadisciplinar”, y ellas ordenan en su justo lugar a las demás disciplinas. Más difícil resulta, de todas maneras, el diálogo transdisciplinar, que ha auspiciado el papa Francisco en la nueva constitución para las universidades eclesásticas: *“como ubicación y maduración de todo el saber en el espacio de Luz y de Vida ofrecido por la Sabiduría que brota de la Revelación de Dios”*.²²

Digamos algo, muy breve, sobre los otros dos énfasis para la integración de los saberes: el ético y el existencial. Estos son más prácticos que teóricos.

²¹ Alasdair MacIntyre, *God, Philosophy, Universities: A Selective History of the Catholic Philosophical Tradition*, 2009.

²² Francisco, *Veritatis gaudium*, 4c.

2° El bien de las personas como finalidad de todas las disciplinas universitarias.

Como aclara santo Tomás en el comentario ya citado sobre la primera carta a los Corintios: “Así, se dice que un hombre sabio en un edificio es aquel que considera la causa principal del edificio, es decir, el fin, y ordena a los artesanos inferiores lo que se debe hacer en aras del fin”²³. Es decir, la causa principal se ubica ante todo en el orden de la causa final: la finalidad última buscada por encima de los demás fines parciales. ¿Y cuál es la finalidad última de todas las disciplinas cultivadas en la universidad? El Aquinate nos responde en su comentario a la Metafísica de Aristóteles: “Todas las ciencias y las artes se ordenan a una sola cosa, esto es, la perfección del hombre que es su felicidad”²⁴. Entonces, dado que la finalidad común de todas las disciplinas universitarias es el bien pleno de la persona humana, la integración práctica de todos los saberes debe apuntar precisamente a la perfección y felicidad de cada persona real: del académico, del estudiante, del colaborador, del miembro de la sociedad.

En este sentido, la constitución *Ex corde Ecclesiae* establecía la preocupación ética como un elemento esencial para una Universidad Católica (junto con el diálogo entre fe y razón para la consecución de una integración del saber). Y esto, para las tres dimensiones universitarias tradicionales: la docencia, la investigación y la extensión.

Así, la preocupación por la formación ética de los estudiantes se refleja habitualmente en la incorporación de cursos de ética para todas las profesiones. Pero ello no basta: lo enseñado en ese curso debe ser coherente con lo transmitido y modelado por los demás docentes de la facultad, sobre todo en las actividades prácticas. Aunque los hábitos morales se forman desde la infancia con la reiteración de actos buenos, y aunque los egresados serán siempre los responsables de las consecuencias de su actuar, no obstante, la formación universitaria por lo menos les habrá hecho reflexionar sobre las implicancias del ejercicio de su profesión para el respeto y promoción de la dignidad de las personas. En esta línea, cabe mencionar, por ejemplo, el webinar organizado por ICUSTA sobre “el Uso de la Literatura para Formar Valores”, así como el curso online “Responsabilidad Social Universitaria”.

En *Ex corde Ecclesiae*, san Juan Pablo II también destacaba “la función que tienen las distintas asociaciones nacionales e internacionales de Universidades Católicas” para la cooperación en proyectos comunes que contribuyan concretamente al progreso de la sociedad y al crecimiento integral de todo hombre y de toda mujer²⁵. En ese sentido, nuestra red ICUSTA se ha destacado con su “Fondo para Proyectos de Solidaridad”, que ha promovido valiosas experiencias de voluntariado internacional para ayudar a comunidades desfavorecidas, en coherencia con la visión tomista del bien humano integral.

3° Las personas como sujetos de la vida universitaria.

Por último, el tercer énfasis, que yo llamo “existencial”, apunta no a la articulación ontológica o a la finalidad ética de todos los saberes, sino a la integración vital de los mismos en cada universitario. Además, este enfoque permite recuperar las dos sabidurías personales (la prudencial y el don) junto a las dos sabidurías disciplinares (filosofía y teología).

Creo que la integración existencial de la sabiduría es la que practicó el mismo Tomás en su recorrido formativo y académico y es la que él propone en el orden global de la Suma Teológica: “*trataremos lo siguiente: primero, de Dios; segundo, de la marcha del hombre hacia Dios; tercero, de Cristo, el cual, como*

²³ Super I Cor., cap. 3, l. 2.

²⁴ In Metaph., proem.

²⁵ Juan Pablo II, *Ex corde Ecclesiae*, nn. 34 y 35.

hombre, es el camino en nuestra marcha hacia Dios".²⁶ La marcha de cada persona hacia Dios. En efecto, el sabio parte de la causa primerísima, Dios, y ordena desde allí todos los saberes y todas las acciones humanas. Pero, de un modo eminente, mi unión personal con Dios (con "el Dios-personal-trinitario") permite ordenar sabiamente toda mi propia vida y todos mis conocimientos, en una marcha ascendente -de la mano con Cristo- hacia la sublime contemplación de la verdad divina, en la que consiste mi bienaventuranza. ¡Qué gran proyecto educativo!, ¿verdad?

Fue el recorrido que siguió Tomás, desde niño en Montecasino preguntando a los monjes "qué es Dios". Allí aprendió que "comprender las cosas es entender la relación que guardan con Cristo"²⁷. Allí descubrió que el estudio sagrado y profano le permitían avanzar en el *quaerere Deum*, en la búsqueda de Dios como fundamento inmovible de la vida, a través de la lectura, la meditación dialogada y la oración litúrgica. Luego, en la universidad, se encontró de nuevo con la *lectio* y la *disputatio*, ahora como ejercicios intelectuales sistemáticos, que nutrirían no solo su oración litúrgica, sino también su enseñanza y su predicación. "*Contemplare et contemplata aliis tradere*". "*Contemplar y transmitir lo contemplado a los demás*".²⁸ Al final de su vida, cuando consideró todos sus escritos como un montón de paja comparado con la verdad divina contemplada, reiteró ante Cristo que la única recompensa que le interesaba era: "¡Nada más que tú, Señor!".

Por ello, san Pablo concluye en el pasaje a los Corintios ya citado: "*Como sabio arquitecto puse los cimientos. Cada uno mire cómo edifica, que, en cuanto al fundamento, nadie puede poner otro sino el que está puesto, que es Jesucristo*"²⁹. Y santo Tomás agrega: "*Y se dice del fundamento (Is. 28, 16): 'he aquí que pondré en los cimientos de Sion una piedra angular, probada y preciosa', es decir, fundada sobre el fundamento*"³⁰.

Cristo es la piedra angular que nosotros no desecharemos (Hech. 4, 11). La verdadera sabiduría, fundada en Cristo, permite la más perfecta integración de los saberes a la que podemos aspirar en ICUSTA, para que cada uno de sus miembros -y de toda la sociedad- alcance en la propia vida personal la altísima dignidad a la que es llamado.

Por eso, recogiendo la improvisada invitación que nos hiciera a viva voz san Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro el 2001, durante la cuarta conferencia bienal de ICUSTA, "¡Adelante con estos proyectos de Santo Tomás!", por eso, digo, respondemos hoy una vez más al llamado de Juan Pablo Magno para contribuir a la integración del saber: "*Guiados por las aportaciones específicas de la filosofía y de la teología, los estudios universitarios se esforzarán constantemente en determinar el lugar correspondiente y el sentido de cada una de las diversas disciplinas en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la fe en Cristo-Logos, como centro de la creación y de la historia*"³¹.

²⁶ Summa Theologiae I, q. 2, proem.

²⁷ San Bonifacio.

²⁸ Ibid. II-II, q. 188, a. 6.

²⁹ 1 Cor. 3, 10.

³⁰ Super I Cor., cap. 3, l. 2.

³¹ Juan Pablo II, Ex corde Ecclesiae, n. 16.